

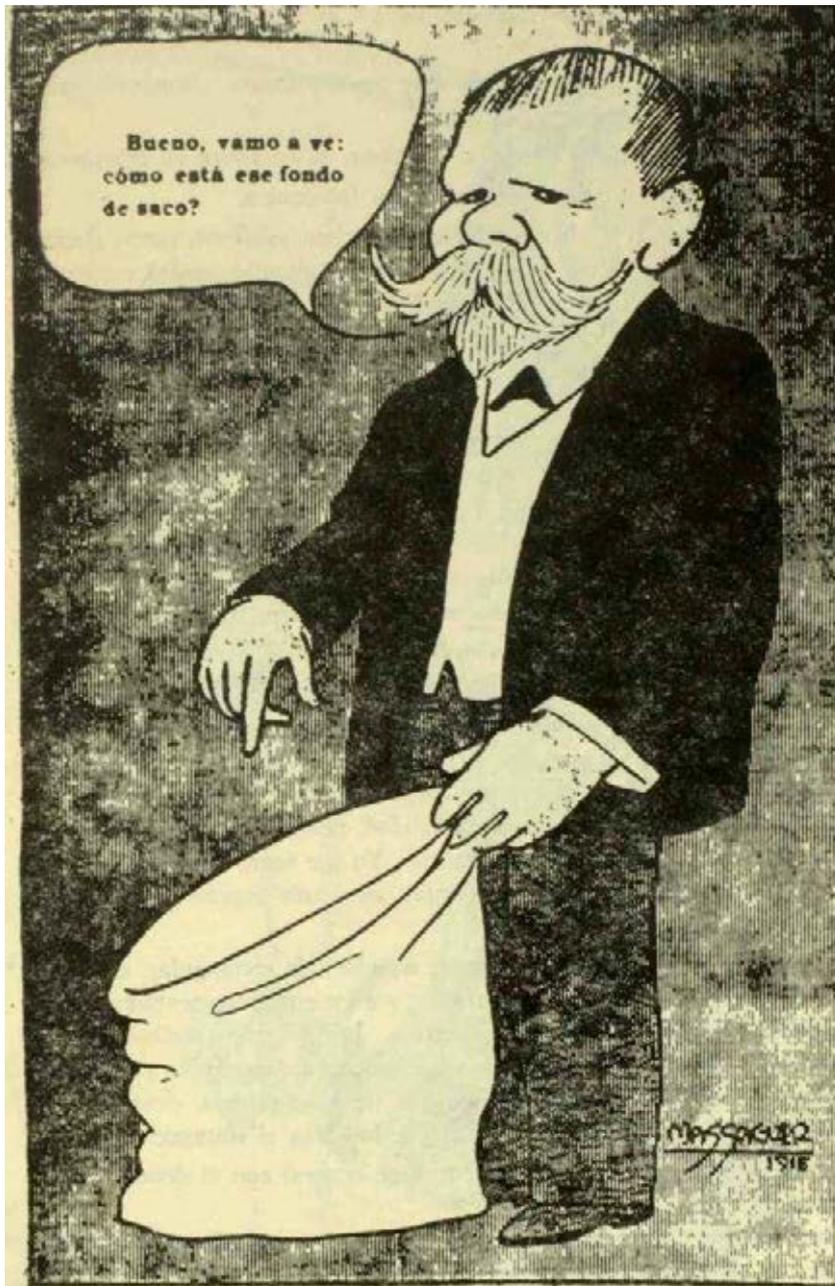
CUARTO AÑO DE MEDICINA

Con el arribo al cuarto año, se inicia una segunda etapa de nuestra carrera, más atractiva, más intensa que la anterior, causa, tal vez, del acercamiento de todos, con motivo de haber alcanzado nuestro curso la presidencia y los principales cargos de la Asociación de Estudiantes de Medicina, a la cual comunicó gran entusiasmo y la impulsó por una senda de actividad creadora. Colaboramos todos en grandes empeños. Se fundó y se sostuvo con ardor creciente una revista, hecha por nosotros; en el orden deportivo, se celebró un campeonato de béisbol entre las distintas facultades y se organizó un *jiel-day* de grata recordación para los que asistieron a él o tomaron parte en el mismo.

Trabajamos por conseguir un mismo fin, nos conocimos mejor y este conocimiento más perfecto trajo aparejado un gran espíritu de transigencia, aprendimos a perdonarnos nuestros defectos. Antiguamente decíamos: Fulano es inteligente, pero es muy presuntuoso. Luego, invertíamos los términos y atenuábamos: Fulano es algo presuntuoso, ¡pero es tan inteligente! Me hace el efecto, no sé hasta qué punto justificado, de que en nuestros dos últimos años de carrera nos apreciamos y nos quisimos más íntimamente.

Hechas estas disquisiciones, haré mi habitual recorrido asomándome a cada una de las aulas. En la mañana, nuestra primera asignatura era Ginecología, feudo de los Casuso. Comenzó el curso el padre, que más adelante sería rector y, de sus visitas por las salas, recuerdo sus diagnósticos certeros y su extraordinaria laboriosidad.

Mi primera relación con el doctor Casuso se estableció de la manera siguiente: siendo él decano, había recibido una queja del bedel Arturo, notificándole que Olivella, Angulo y yo jugábamos a la pelota en el patio de la escuela, sin hacer caso a las insistentes súplicas que había empleado para impedirlo. En aquel momento el doctor Casuso interrogaba a un



Dr. Gabriel Casuso. (Caricatura de Massaguer.)

alumno frente a su cama y como éste no contestara, preguntó quién era Dihigo. Al presentarme, dijo:

—Ya que usted tiene afición a la pelota, batee ahora de emergente

Y desde entonces, me interrogaba con frecuencia.

El doctor Casuso se distinguió siempre como profesor, como decano y, más tarde, como rector, por su amor a sus alumnos, a los cuales no abandonó nunca en trances difíciles. Pasada la dificultad, era enérgico y apelaba a nuestros deberes para con la universidad. Pero en el momento del peligro, en nuestros choques con la policía o en cualquiera de las dificultades en que nos veíamos envueltos, colectiva o individualmente, fue más que un profesor y un decano, un verdadero padre para los estudiantes.

Por la exaltación del doctor Casuso al Rectorado, quedaron hechos cargo del curso su hijo Gabrielito y su sobrino Enrique. Su trato con nosotros era más que de profesores, de compañeros más adelantados y nunca intentaron deslumbrarnos con sus conocimientos.

Terminada la clase de Ginecología, alternábamos, según los días, Enfermedades de la Garganta, Nariz y Oídos y Enfermedades de los Ojos.

La primera de esas asignaturas estaba a cargo del doctor Emilio Martínez, verdadero tipo de profesor, práctico en todo, conciso en sus explicaciones y concienzudo en el examen de los enfermos. El alumno podría no sentirse aficionado hacia esa especialidad, pero, con seguridad que no la estudiaba con disgusto o repugnancia. Yo me sentí fuertemente inclinado a estudiarla y, por algún tiempo, cifré mis esperanzas en llegar algún día a la talla del maestro.

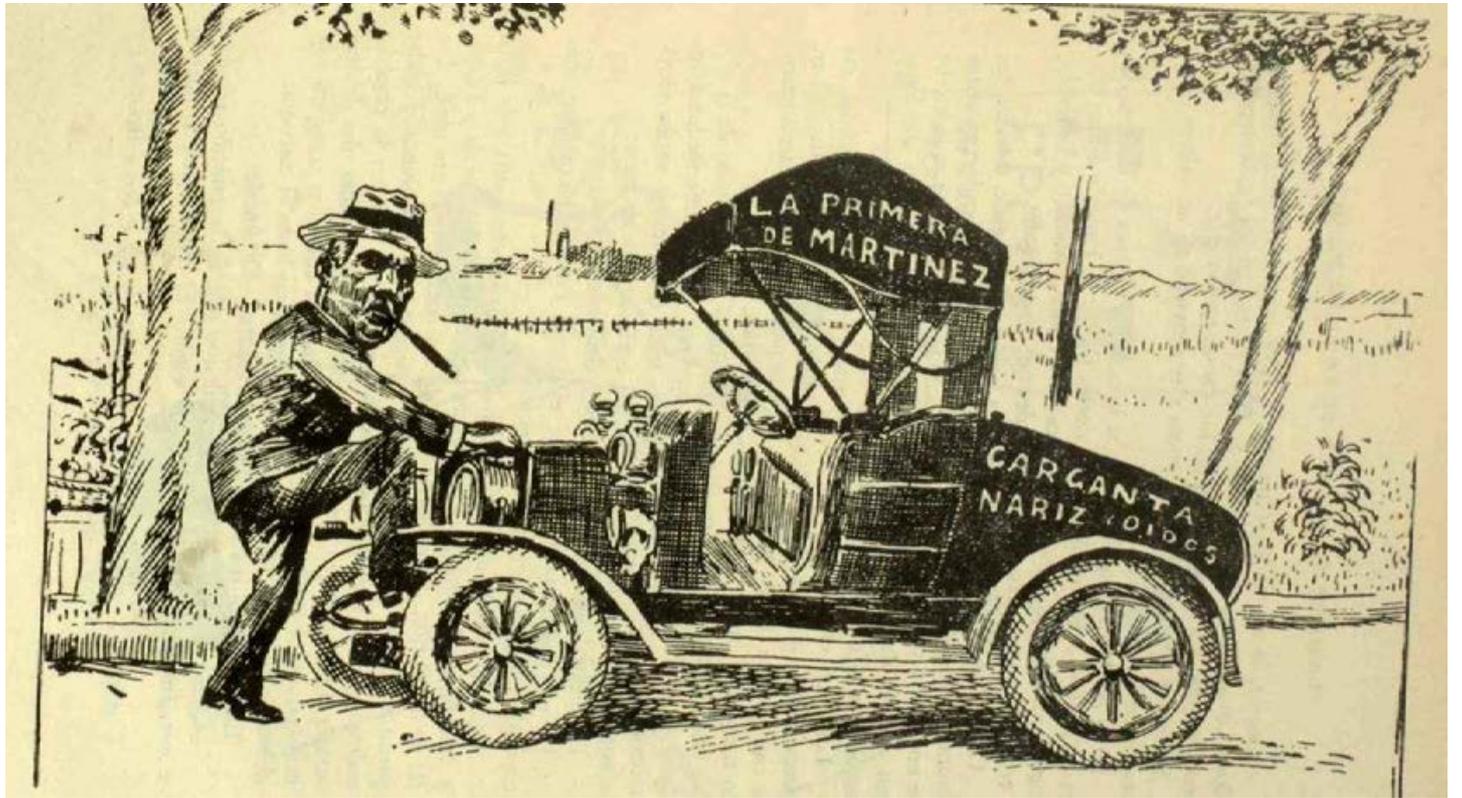
Cierro los ojos y evoco claramente aquella sala rectangular, circundada por una tabla a manera de mostrador, y a los enfermos sentados en sus banquetas, al lado de cada foco eléctrico. Los alumnos realizábamos el examen, llenábamos la hoja clínica y hacíamos un diagnóstico preliminar. Pasaba el doctor Martínez, tomaba nota de la asistencia, examinaba al enfermo, hacía el diagnóstico definitivo e indicaba el tratamiento.

Recuerdo un curioso incidente que me ocurrió con el doctor Emilio Martínez.

Cuando apareció el primer número de la revista se lo llevé y, conjuntamente, le presenté el recibo por la cantidad de un peso.

La hojeó sin gran entusiasmo y me preguntó:

—Y, ¿usted cree que esto vale un peso?



—Doctor, le respondí, la revista no tiene un precio uniforme para todos. Los alumnos abonan solamente una peseta. A los profesores les cuesta un peso y a mí, que la hago, me cuesta mucho más.

El doctor Martínez abonó su cuota y se convirtió en un valioso colaborador de la revista.

En el salón contiguo se efectuaba la consulta externa de Enfermedades de los Ojos. Era el profesor el doctor Carlos E. Finlay y Shine, distinguido oculista de grandes prestigios. De carácter cándido y benévolo, a veces nos excedíamos en las libertades que nos concedía.

Con la monotonía de la terapéutica ocular, iban siendo tratados los distintos enfermos que, con paso vacilante acudían a la consulta, provistos de una visera verde o con un pañuelo ante los ojos. A éste se le tocaba con el lápiz de sulfato de cobre, al siguiente se le pasaban algodones mojados en soluciones de nitrato de plata.

Los lunes ofrecía el doctor Finlay sus conferencias. Realmente, no puede decirse que era elocuente, pero también tenía cierta dificultad en la expresión su ilustre padre y eso no le impidió realizar el descubrimiento médico de mayor trascendencia en América.

Otro a quien no habían llamado las Musas por el camino de la elocuencia era el doctor Rafael Menocal, que nos explicó Enfermedades Intertropicales. Después de cada párrafo tenía que realizar varios movimientos de deglución y el sudor cubría copiosamente su frente.

La última hora de la mañana estaba dedicada a Obstetricia.

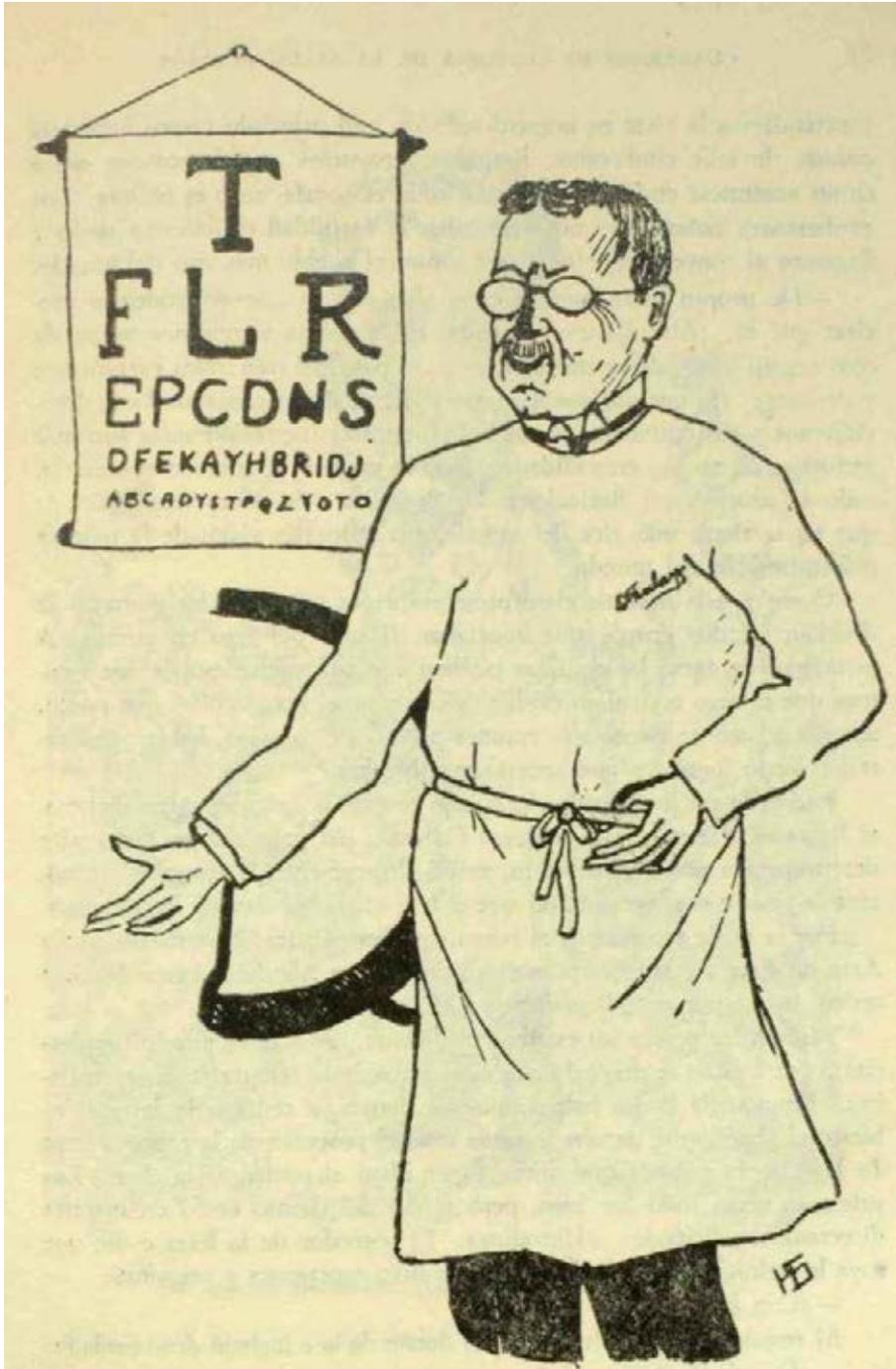
De esa asignatura era profesor el doctor Eusebio Hernández, más conocido con el nombre de *Bodeloque*.¹

Dada la manera de explicar del doctor Hernández, sería más justo y más propio designar esta asignatura con el título de: *Poesía y Filosofía de los Partos*. Para *Bodeloque* todo era poético, todo era ideal. Las parturientas son «blondas y frágiles francesitas de talle juncal y andar cadencioso»; la inserción del cordón umbilical se hace en la placenta «como el mástil de un bergantín que surca las encrespadas olas del mar bravío»; en el momento del parto, «el ano se entreabre como un rojo clavel»; en fin, por ese camino llegaba a poetizar hasta el meconio.

También tiene sus preocupaciones cubanas. Oigámosle:

—Señores, tomemos el ferrocarril que sale de la estación terminal e instalémosnos cómodamente en un vagón. El tren se pone en marcha

¹ Bodeloque: Célebre partero francés muy citado por el doctor Hernández.



Dr. Carlos E. Finlay. (Caricatura' de Diego Fernández.)

y extendemos la vista en nuestro rededor. Al principio vemos hermosas palmas de talle cimbreante, límpidos arroyuelos que serpentean como cintas argénticas en la verde sabana; todo es poesía, todo es belleza. Los exuberantes cañaverales nos recuerdan la fertilidad de nuestro suelo y llegamos al convencimiento de que somos el pueblo más rico del mundo.

—De pronto hiere nuestra vista algo oscuro que no podemos precisar qué es. ¡Ah! Es una vivienda; en la puerta vemos una mujer de ojos negros y soñadores que contempla el paso del tren. Nos extrañamos y decimos: ¿es que ahí puede vivirse? Pero, si por casualidad nos detuviéramos y penetráramos en un bohío, nuestra impresión sería aun más penosa. Allí no hay comodidades; todo es miseria, y, triste es confesarlo, todo es abandono. Reflexionando, llegamos a la triste conclusión de que en la tierra más rica del mundo, sus naturales viven de la manera más miserable del mundo.

Cuando, a la hora de clase presenciábamos un parto, los alumnos se dividían en dos grupos que apostaban al sexo del feto en puerta. A principios de curso las apuestas estaban a la par, pero después que supimos que el sexo masculino es, biológicamente, el sexo débil y que nacen, aproximadamente ciento seis varones por cada cien niñas, había que conceder cierto logro los que apostaban a hembra.

Recuerdo un hecho ridículo que le ocurrió a un compañero nuestro, el llamado, por su edad, «coronel Gálvez». Al practicar un tacto para determinar la posición del feto, retiró bruscamente la mano y afirmó, ante la risa de sus compañeros, que el feto «le había clavado los dientes».

Por la tarde rompíamos el fuego con Terapéutica, Materia Médica y Arte de Recetar, asignatura a cargo del doctor Abraham Pérez Miró, a quien, no sé por qué, llamábamos «Mostaza».

Pérez Miró perdía los estribos fácilmente. Prueba de ello lo tuvimos cierta vez en que se originó una duda acerca de la ortografía de una palabra. En aquella época había quinielas diarias, a centavo la letra. Cubierto el abecedario, ganaba la suma total el poseedor de la primera letra de la primera palabra que dijera Pérez Miró al comenzar la clase. Las primeras veces todo fue bien, pero el día del cuento entró en materia directamente diciendo: «Hetralina». El poseedor de la letra *e* dio por suya la quiniela, pero el dueño de la *h* tuvo esperanzas y preguntó:

—¿Con *h*?

Al responder afirmativamente, el dueño de la *e* insistió desconsolado:

—¿Con *h*, doctor?



Dr. Eusebio Hernández. (Caricatura de Diego Fernández.)

Pérez Miró, creyendo que intentaban tomarle el pelo, respondió bruscamente:

—Con *h* y sin choteo.

A lo largo de estas notas he mencionado varias veces la tendencia que tenía nuestro curso a realizar apuestas en situaciones muy diversas. Al sexo del recién nacido; a la primera letra con que comenzara la primera palabra que pronunciara el profesor; a si eran pares o nones las veces que un maestro pronunciaba determinada palabra.

¿No sería esto una expresión en pequeño del inmenso garito que era le República con la lotería, la charada, la bolita y la ruleta de los grandes casinos.

A este respecto recuerdo un hecho muy interesante. Una señora tenía el hábito de tomar todas las noches, al acostarse, una taza de chocolate bien espeso, con objeto de que, al no poder digerirlo bien, le ocasionara pesadillas. El asunto de las pesadillas le servía para coger «incidencias», término con que se expresaba la elección del número de la charada que debía apuntar al día siguiente.

Si soñaba con una amiga gruesa y de movimientos lentos, debía jugarle a jicotea, porque ocurría que señoras muy distinguidas, hasta doctoras en Filosofía y Letras, «se daban de jicotea». Si el sueño tenía relación con un señor, cuya esposa gozaba de muy mala fama, no cabía duda de que hubiera que jugarle a chivo.

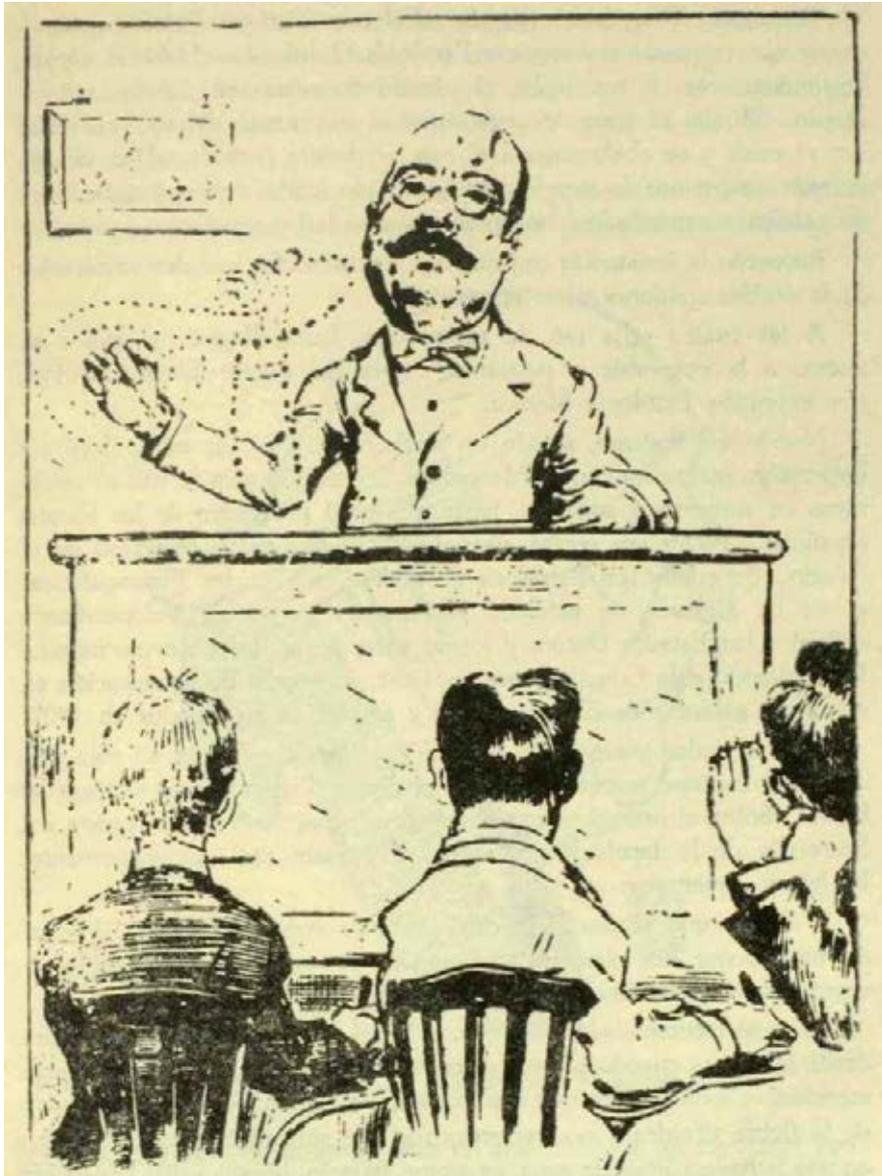
Al terminar una conversación con el ilustre doctor Carlos de la Torre, profesor de la Universidad de la Habana y malacólogo de fama mundial, éste me pidió que, al siguiente día, lo llamara por teléfono para darle cuenta del resultado de una gestión que me había encomendado.

Mi teléfono es el 7727, y guiñándome maliciosamente un ojo, añadió: no puede olvidársete el número: caracol, caracol, mariposa, caracol.

Han pasado muchos años, quizás cincuenta, pero he conservado en la memoria la frase con que don Carlos pensó que yo no podría olvidar el número de su teléfono.

Cuando Pérez Miró quería dirigimos el supremo de los insultos nos llamaba «ñañigos», dándole a ambas eñes una pronunciación verdaderamente coruñesa. Cierta vez nos dijo:

—Habéis de saber que este modesto profesor se gasta un brazo -de carretonero.



Dr. Abraham Pérez Miró.

Terminada Terapéutica, llegaba el doctor Enrique Fortún, generalmente con retraso, para explicar Patología Quirúrgica. Hablaba rápida, vertiginosamente y terminaba el párrafo congestionado, atorado y to siendo. Miraba el vaso de agua como el caminante del desierto debe ver el oasis y se abalanzaba a él con verdadera fruición. Una vez hidratado, emprendía la marcha con igual velocidad. Tenía gran facilidad de palabra y exponía los conceptos con claridad y sencillez.

Recuerdo la insistencia con que nos recomendaba que desconfiáramos de la «calma traidora» de la apendicitis.

A las cuatro salía tan de prisa como había llegado y dejaba su puesto a la venerable y patriarcal figura del doctor Diego Tamayo, que explicaba Patología Médica.

Nacido en Bayamo, siendo un adolescente, casi un niño, llevó un importante mensaje a Carlos Manuel de Céspedes, quien lo utilizó varias veces en menesteres análogos, hasta que cayó prisionero de las fuerzas españolas. Dados sus cortos años, logró su libertad y reingresó en el colegio. Se graduó en Barcelona de doctor en Ciencias Físicoquímicas y, en La Habana, de médico. Durante la guerra de independencia emigró a los Estados Unidos y formó parte de la Junta Revolucionaria. Fue delegado a la Constituyente de 1901, secretario de gobernación en el primer gabinete de Estrada Palma y resultó electo senador en 1905.

Con su andar grave y sin afectación e imponiendo con su sola presencia un cariñoso respeto, avanzaba el doctor Tamayo hasta alcanzar su bufete. Sobre el mismo encontraba, generalmente, una comunicación del Secretario de la facultad quejándose de nuestro mal comportamiento. La leía y comentaba:

—Parece que el secretario está atrabílico con ustedes, todo lo cual no impide que nos sigamos ocupando de ese microorganismo ácido resistente y parásito facultativo, etcétera, etcétera.

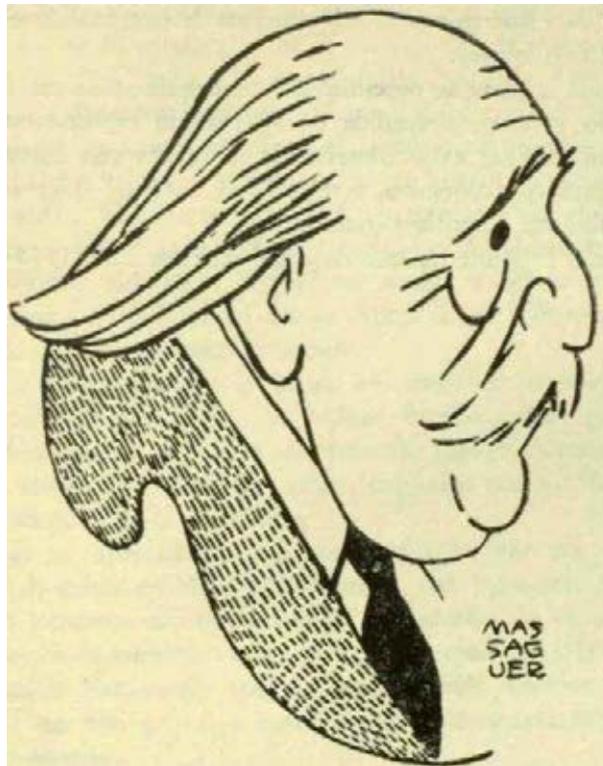
Él tenía recomendado a Bartolo, el bedel del piso alto, que le avisara desde la puerta cuando se cumpliera la hora, para no abusar de nuestra atención. Cierta vez, en que nos explicaba el tratamiento balneoterápico de la fiebre tifoidea y nos recomendaba que sumergiéramos al enfermo en una bañera llena de agua, se asomó Bartolo, hizo la señal convenida y el doctor Tamayo se despidió con su habitual «hasta mañana».

Al día siguiente, no recordábamos cómo había terminado la clase anterior, pero el doctor Tamayo no lo había olvidado. Nos dijo:

—Saquemos del baño a nuestro enfermo de ayer y yo le aconsejo que no le den tan larga duración en su práctica profesional.

Ese aplomo, esa calma del doctor Tamayo era la del marino, que habiendo capeado durante su vida grandes tempestades, no era susceptible al mareo.

Fue el doctor Tamayo quien animó todos nuestros arrestos, quien contribuyó con sus consejos o con su ayuda a que saliéramos adelante en



Dr. Carlos de la Torre. (Caricatura de Massaguer.)

las empresas que acometíamos. Fue un enamorado y un constante protector de nuestra revista, a la cual consideraba como una nieta; su hija era *Vida Nueva*, la revista de medicina fundada por él.

Desde las columnas de la revista se sostuvieron las más avanzadas ideas; se planteó el problema de la mejor manera de realizar los exá-

menes; se combatió la inmoralidad de las novatadas; se fustigó y se impidió la desvergüenza realizada en años anteriores por las comisiones recaudadoras de fondos para la celebración de las honras fúnebres a los alumnos de medicina fusilados en 1871. Y, en literatura ligera, se criticaron nuestros defectos y vicios colectivos, siguiendo el lema latino de *Castigat ridendo mores*.

Se verificaron certámenes de fealdad, pesadez, suciedad, etcétera y todos resultaron muy reñidos. Hubo un concurso de corbatas que demostró hasta qué punto es calenturienta la imaginación a la hora de concebir pintas bravas.

Se festejó la toma de posesión de la nueva directiva con un almuerzo en Palatino y, como despedida de su período reglamentario, se confeccionó un número extraordinario de la revista con ciento cincuenta páginas, esfuerzo económico, intelectual y material que, aún hoy, no puedo explicarme cómo lo logramos.

Este es el brillante balance de aquel feliz curso de 1915 a 1916.